

OTRO SACERDOTE ASESINADO



El ~~sábado~~ día cuatro en San Esteban Catarina, diócesis de San Vicente, cayó asesinado el Padre Alirio Napoleón Macías. Es el sexto sacerdote ~~asesinado~~ asesinado desde la muerte del Padre Grande. Dos de ellos bajo la presidencia del Coronel Molina; cuatro de ellos en los dos años que lleva de Presidente el General Romero. Dicen que el Presidente Romero, antes de llegar a la Presidencia, prometía acallar y apaciguar a los sacerdotes, que, según los enemigos de la Iglesia y del evangelio, alteraban la paz del país. Tales alborotadores -no olvidemos que Jesús fue condenado por alborotador según nos lo transmite el evangelista Lucas- no han sido acallados. Tras seis sacerdotes asesinados siguen los sacerdotes denunciando las injusticias y poniéndose cada vez más al servicio de los millones de oprimidos en El Salvador, que apenas tienen otra voz reconocida, que la voz de sus Obispos y de sus sacerdotes.

El Padre Alirio Napoleón Macías fue asesinado a los 38 años. Fue asesinado, como recordaba Monseñor Rivera en su honda y calmada homilía, entre el vestíbulo y el altar. Del mismo modo como eran asesinados los profetas, de los que hablaba Jesús. Ya los asesinos no necesitan pretextos. El Padre Macías estaba en la Iglesia atendiendo sus deberes pastorales; no podría decirse que era un guerrillero. No iba armado, estaba indefenso. Y los cobardes asesinos sin respetar su impotencia -no iba armado y ellos sí iban bien armados- y sin respetar el lugar sagrado -no les importa mucho ni poco el cristianismo ni la fe-, lo asesinaron. ¿Qué tipo de gente son estos asesinos, cobardes, ateos, cuyo único Dios es el dinero, un dinero que engendra terror y odio? No le fueron a encontrar entre bandas armadas, no le fueron a encontrar ni siquiera entre las organizaciones populares. Le encontraron a un metro del altar mayor de la parroquia en la que ejercía su ministerio sacerdotal. Cada día es más claro, que lo que molesta a los asesinos, que lo que molesta a los opresores es el sacerdote. Ellos no matan a cualquiera: matan a los oprimidos concientizados y matan a los con-



cientizadores de los oprimidos; matan a los campesinos aterrorizados y matan a los sacerdotes que acompañan el llanto y el dolor de los campesinos muertos.

Mientras más de setenta sacerdotes rodeaban a Mons. Rivera ya Mons. Romero -¿dónde estaba el resto de los obispos salvadoreños?- y una multitud de miles de campesinos asistía con toda devoción y sin la más mínima expresión de odio o de venganza a la celebración de la santa Misa, de repente se oyó un disparo al aire, salido de un grupo de matones a la orilla de la alcaldía. El pueblo está tan aterrorizado por los muertos y desaparecidos habidos tras los operativos militares, que se desató entre la multitud una ola de pánico. Mujeres y niños quisieron escapar a como diere lugar; en sus rostros se veía el terror. Bien saben ellos a quién tienen que temer y quiénes en vez de seguridad les dan sangre, dolor y pánico. Nada como ese gesto instintivo de centenaras de personas, que gritaban y lloraban, como para saber qué es lo que se siente en el campo, qué es lo que estaba pasando en el país. Afortunadamente la televisión alemana y la televisión suiza estaban allí para mostrar al mundo lo que pasa en nuestro campo.

Es contra este terror y contra esta impotencia contra la que luchan los sacerdotes comprometidos, los párrocos de zonas rurales, que viven cerca de su pueblo y de los problemas del pueblo. Les matan precisamente porque con la luz del evangelio y con el inmenso coraje de su fe se ponen de lado de la verdad, de la justicia y de la liberación. Por eso el pueblo lloraba a su pastor. No eran políticos los que lloraban, no eran militantes los que lloraban. Eran la gente más sencilla, aquella que es acompañada por el sacerdote en sus angustias, en sus temores, en sus dolores. Y por eso el pueblo están con los sacerdotes, están con Monseñor Romero, está con la Iglesia.

Los que así no lo ven, deberían acercarse a la plaza de Catedral donde sobre las escaleras en que fueron recientemente asesinados tantos jóvenes comprometi-



dos, Monseñor Romero anunciaba las líneas generales de su nueva Carta Pastoral donde explica el aporte de la Iglesia a la actual crisis del país; allí verían a miles y miles de ciudadanos que siguen creyendo en la Iglesia y que para nada creen en los poderes públicos. Los que así no lo ven deberían haberse acercado a la plaza de San Esteban Catarina donde miles de campesinos daban su postrer adiós a su párroco y donde, a pesar de la tensión y del terror, todavía aplaudían a sus obispos, a sus sacerdotes, a sus religiosas; aplaudían cuando se les anunciaba la buena nueva de la liberación.

Los que tienen algún poder en El Salvador, poder político o poder económico, deben comprender que sin la Iglesia poco van a poder hacer en este país. Y que contra la Iglesia nada van a poder hacer. Porque la Iglesia es hoy por hoy la máxima mediación del pueblo, la que puede poner en marcha la conciencia y la acción de cientos de miles de salvadoreños, de los verdaderos salvadoreños, de los hijos de la tierra, que sustentan con su sudor la marcha del país y la marcha de la ciudad. Pueden seguir matando, pueden seguir haciendo de cada parroquia del Pueblo el santuario nacional en que queda enterrado un nuevo profeta asesinado. Pero seguirán floreciendo los profetas. Basta con ver cómo los jóvenes y los niños se apiñaban entorno al altar, para recibir el relevo de la antorcha. Había caído un corredor, pero decenas de nuevos atletas se aprestaban a recogerla. ¿No saben los asesinos y sus protectores que el poder de la luz es más grande que el poder de las tinieblas?

El Padre Macías es el primer sacerdote asesinado, que no pertenece a la arquidiócesis de Mons. Romero. Pertenece a la diócesis de Mons. Aparicio. Su prelado estaba fuera del país. Esperamos que regrese para defender a sus ~~xxx~~ sacerdotes. La muerte de los sacerdotes ~~los últimos caídos sólo~~ a los últimos caídos sólo les separan cuarenta días- quedarían muy dificultada si todos los obispos juntos dijeran con voz firme y unánime: ¡ni uno más!

7-Agosto-79